

IV.

DE DON MANUEL JOSÉ QUINTANA.

(Introducción á la poesía castellana del siglo XVIII.)

PARALELO ENTRE SAMANIEGO É IRIARTE.

SAMANIEGO no puso en sus apólogos igual cultura, igual limpieza de ejecución, igual mérito de invención y de oportunidad que el que luce en las *Fábulas literarias*; SAMANIEGO procede con más abandono, y á veces con descuido y desaliño; pero ¡con cuánta más gracia, con cuánta más poesía de estilo cuando el objeto lo requiere, con cuánto más jugo y flexibilidad! Iriarte cuenta bien; pero SAMANIEGO pinta; el uno es ingenioso y discreto, el otro gracioso y natural. Las sales y los idiotismos que uno y otro esparcen en su obra son igualmente oportunos y castizos; pero el uno los busca, y el otro los encuentra sin buscarlos, y parece que los produce por sí mismo; en fin, el colorido con que SAMANIEGO viste sus pinturas, y el ritmo y armonía con que las vigoriza y les da halago, en nada dañan jamás al donaire, á la sencillez, á la claridad ni al despejo. Si en él hubiera algo más de candor é ingenuidad, si descubriera menos malicia, si supiera elevarse á las profundas miras y grandes pensamientos morales, á que sabe remontarse á veces Lafontaine, sin dejar de ser fabulista; si diera, en fin, más perfección á sus versos cortos, que no corren, cuando los escribe solos, con la misma gracia y fluidez que cuando los combina con los grandes, sería difícil negarle el primer lugar entre los más felices imitadores del fabulista francés. Aun así, ¿quién se lo podrá disputar?

POESÍAS.

FÁBULAS

EN VERSO CASTELLANO

PARA EL USO

DEL REAL SEMINARIO VASCONGADO.

*Duplex libelli dos est: quod risum movet,
Et quod prudenti vitam consilio monet.*
(Phedro, *Fáb.*, pról., lib. 1.)

PRÓLOGO.

Muchos son los sabios, de diferentes siglos y naciones, que han aspirado al renombre de fabulistas; pero muy pocos los que han hecho esta carrera felizmente. Este conocimiento debiera haberme retraído del arduo empeño de meterme á contar fábulas en verso castellano. Así hubiera sido; pero permitame el público protestar con sinceridad, en mi abono, que en esta empresa no ha tenido parte mi elección. Es puramente obra de mi pronta obediencia, debida á una persona, en quien respeto unidas las calidades de tío, maestro y jefe.

En efecto, el director de la Real Sociedad Vascongada, mirando la educación como á basa en que estriba la felicidad pública, emplea la mayor parte de su celo patriótico en el cuidado de proporcionar

á los jóvenes alumnos del Real Seminario Vascongado cuanto conduce á su instrucción; y siendo, por decirlo así, el primer pasto con que se debe nutrir el espíritu de los niños, las máximas morales, disfrazadas con el agradable artificio de la fábula, me destinó á poner una colección de ellas en verso castellano, con el objeto de que recibiesen esta enseñanza, ya que no mamándola con la leche, según deseó Platon, á lo ménos ántes de llegar á estado de poder entender el latín.

Desde luego di principio á mi obrilla. Apenas pillaban los jóvenes seminaristas alguno de mis primeros ensayos, cuando lo leían y estudiaban á porfía con indecible placer y facilidad; mostrando en esto el deleite que les causa un cuentecillo adornado con la dulzura y armonía poética, y libre para ellos de las espinas de la traducción, que tan desagradablemente les punzan en los principios de su enseñanza.

Aunque esta primera prueba me asegura en parte de la utilidad de mi empresa, que es la verdadera recomendación de un escrito, no se contenta con ella mi amor propio. Siguiendo éste su ambiciosa condición, desea que respectivamente logren mis fábulas igual acogida que en los niños, en los mayores, y aun si es posible, entre los doctos; pero á la verdad, esto no es tan fácil. Las espinas, que de-

jan de encontrar en ellas los niños, las hallarán los que no lo son, en los repetidos defectos de la obra. Quizá no parecerán éstos tan de marca, dando aquí una breve noticia del método que he observado en la ejecución de mi asunto, y de las razones que he tenido para seguirle.

Después de haber repasado los preceptos de la fábula, formé mi pequeña librería de fabulistas; examiné, comparé y elegí para mis modelos, entre todos ellos, después de *Esopo*, á *Fedro* y *Lafontaine*; no tardé en hallar mi desengaño. El primero, más para admirado que para seguido, tuve que abandonarle á los primeros pasos. Si la unión de la elegancia y laconismo sólo está concedida á este poeta en este género, ¿cómo podrá aspirar á ella quien escribe en lengua castellana, y palpa los grados que á ésta le faltan para igualar á la latina en concisión y energía? Este conocimiento, en que me aseguré más y más la práctica, me obligó á separarme de *Fedro*.

Empecé á aprovecharme del segundo (como se deja ver en las fábulas de *La Cigarra* y *la Hormiga*, *El Cuervo* y *el Zorro*, y alguna otra); pero reconocí que no podía, sin ridiculizarme, trasladar á mis versos aquellas delicadas nuevas gracias y sales que tan fácil y naturalmente derrama este ingenioso fabulista en su narración.

No obstante, en el estudio que hice de este autor hallé, no solamente que la mayor parte de sus argumentos son tomados de *Loquano*, *Esopo* y otros de los antiguos, sino que no tuvo reparo en entregarse á seguir su propio carácter tan francamente, que me atrevo á asegurar que apenas tuvo presente otro precepto en la narración, que la regla general que él mismo asienta en el prólogo de sus fábulas en boca de Quintiliano: *Por mucho gracejo que se dé á la narración, nunca será demasiado*.

Con las dificultades que toqué al seguir en la formación de mi obrilla á estos dos fabulistas, y con el ejemplo que hallé en el último, me resolví á escribir, tomando en cerro los argumentos de *Esopo*, entresacando tal cual de algún moderno, y entregándome con libertad á mi genio, no sólo en el estilo y gusto de la narración, sino aún en el variar rara vez algún tanto, ya del argumento, ya de la aplicación de la moralidad; quitando, añadiendo ó mudando alguna cosa, que, sin tocar al cuerpo principal del apólogo, contribuya á darle cierto aire de novedad y gracia.

En verdad que, según mi conciencia, más de cuatro veces se peca en este método contra los preceptos de la fábula; pero esta práctica licenciosa es tan corriente entre los fabulistas, que cualquiera que se ponga á cotejar una misma fábula en diferentes versiones, la hallará tan trasformada en cada una de ellas respecto del original, que degenerando por grados de una en otra versión, vendrá á parecerle diferente en cada una de ellas. Pues si con todas estas licencias ó pecados contra las leyes de la fábula ha habido fabulistas que han hecho su carrera hasta llegar al templo de la inmortalidad,

¿á qué meterme yo en escrúpulos que ellos no tuvieron?

Si en algo he empleado casi niniamente mi atención, ha sido en hacer versos fáciles hasta acomodarlos, según mi entender, á la comprensión de los muchachos. Que alguna vez parezca mi estilo, no sólo humilde, sino aún bajo, malo es; mas ¿no sería muchísimo peor que, haciéndole incomprensible á los niños, ocupasen éstos su memoria con inútiles coplas?

A pesar de mi desvelo, en esta parte desconfío conseguir mi fin. Un autor moderno, en su *Tratado de educación*, dice que en toda la colección de *Lafontaine* no conoce sino cinco ó seis fábulas en que brilla con eminencia la sencillez pueril, y aún haciendo análisis de algunas de ellas, encuentra pasajes desproporcionados á la inteligencia de los niños.

Esta crítica ha sido para mí una lección. Confesaré sinceramente que no he acertado á aprovecharme de ella, si en mi colección no se halla más de la mitad de fábulas que en la claridad y sencillez del estilo no pueda apostárselas á la prosa más trivial. Éste me ha parecido el solo medio de acercarme al lenguaje en que debemos enseñar á los muchachos; pero ¿quién tendrá bastante filosofía para acertar á ponerse en el lugar de éstos, y medir así los grados á que llega la comprensión de un niño?

En cuanto al metro, no guardo uniformidad; no es esencial á la fábula, como no lo es al epigrama y á la lira, que admiten infinita variedad de metros. En los apólogos hay tanta inconexión de uno á otro como en las liras y epigramas. Con la variedad de metros he procurado huir de aquel monotonismo que adormece los sentidos y se opone á la variada armonía, que tanto deleita el ánimo y aviva la atención. Los jóvenes que tomen de memoria estos versos, adquirirán, con la repetición de ellos, alguna facilidad en hacerlos arreglados á las diversas medidas á que por este medio acostumbren su oído.

Verdad es que se hallará en mis versos gran copia de endecasílabos pareados con la alternativa de piés quebrados ó de siete sílabas; pero me he acomodado á preferir su frecuente uso al de otros metros, por la ventaja que no tienen los de estancias más largas, en las cuales, por acomodar una sola voz que falte para la clara explicación de la sentencia, ó queda confuso y como estrujado el pensamiento, ó demasadamente holgado y lleno de ripio.

En conclusión, puede perdonármese bastante por haber sido el primero en la nación que ha abierto el paso á esta carrera, en que he caminado sin guía, por no haber tenido á bien entrar en ella nuestros célebres poetas castellanos. Dichoso yo si logro que, con la ocasión de corregir mis defectos, dediquen ciertos genios poéticos sus tareas á cultivar este y otros importantes ramos de instrucción y provecho. Mientras así no lo hagan, habrémos de

contentarnos con leer sus excelentes églogas, y sacar de sus dulcísimos versos casi tanta melodía como de la mejor música del divino Haydn, aunque tal vez no mayor enseñanza ni utilidad.—FÉLIX MARÍA SAMANIEGO.

LIBRO PRIMERO.

Á LOS CABALLEROS ALUMNOS DEL REAL SEMINARIO PATRIÓTICO VASCONGADO.

Oh jóvenes amables,
Que en vuestros tiernos años
Al templo de Minerva
Dirigis vuestros pasos,
Seguid, seguid la senda
En que marchais, guiados,
A la luz de las ciencias,
Por profesores sabios.
Aunque el camino sea,
Ya difícil, ya largo,
Lo allana y facilita
El tiempo y el trabajo.
Rompiendo el duro suelo,
Con la esteva agobiado,
El labrador sus bueyes
Guía con paso tardío;
Mas al fin llega á verse,
En medio del verano,
De doradas espigas,
Como Ceres, rodeado.
A mayores tareas,
A más graves cuidados
Es mayor y más dulce
El premio y el descanso.
Tras penosas fatigas,
La labradora mano
¡Con qué gusto recoge
Los racimos de Baco!
Ea, jóvenes, ea,
Seguid, seguid marchando
Al templo de Minerva,
A recibir el lauro.
Mas yo sé, caballeros,
Que un joven entre tantos
Responderá á mis voces:
No puedo, que me canso.
Descansa enhorabuena;
¡Digo yo lo contrario!
Tan lejos estoy de eso,
Que en estos versos trato
De daros un asunto
Que instruya deleitando.
Los perros y los lobos,
Los ratones y gatos,
Las zorras y las monas,
Los ciervos y caballos
Os han de hablar en verso;
Pero con juicio tanto,
Que sus máximas sean
Los consejos más sanos.
Deleitaos en ello,
Y con este descanso,
A las serias tareas
Volved más alentados.
Ea, jóvenes, ea,
Seguid, seguid marchando
Al templo de Minerva,
A recibir el lauro.
Pero ¡qué! ¿os detiene
El ocio y el regalo?
Pues escuchad á Esopo,
Mis jóvenes amados.

FÁBULA PRIMERA.

EL ASNO Y EL COCHINO.

Envidiando la suerte del Cochino,
Un Asno maldecía su destino.
«Yo, decía, trabajo y como paja;

El come harina, berza, y no trabaja;
A mí me dan de palos cada día;
A él le rascan y halagan á porfia.»
Así se lamentaba de su suerte;
Pero luego que advierte
Que á la pocilga alguna gente avanza,
En guisa de matanza,
Armada de enchillo y de caldera,
Y que con maña fiera
Dan al gordo Cochino fin sangriento,
Dijo entre sí el Jumento:
*Si en esto para el ocio y los regalos,
Al trabajo me atengo y á los palos.*

FÁBULA II.

LA CIGARRA Y LA HORMIGA.

Cantando la Cigarra
Pasó el verano entero,
Sin hacer provisiones
Allá para el invierno;
Los frios la obligaron
A guardar el silencio
Y á acogerse al abrigo
De su estrecho aposento.
Vióse desprovista
Del preciso sustento:
Sin mosca, sin gusano,
Sin trigo y sin centeno.
Habitaba la Hormiga
Allí tabique en medio,
Y con mil expresiones
De atención y respeto
La dijo: «Doña Hormiga,
Pues que en vuestro granero
Sobran las provisiones
Para vuestro alimento,
Prestad alguna cosa
Con que viva este invierno.
Esta triste Cigarra,
Que, alegre en otro tiempo,
Nunca conoció el daño,
Nunca supo temerlo.
No dudeis en prestarme;
Que fielmente prometo
Pagaros con ganancias,
Por el nombre que tengo.»
La codiciosa Hormiga
Respondió con denuedo,
Ocultando á la espalda
Las llaves del granero:
«¡Yo prestar lo que gano
Con un trabajo inmenso!
Dime, pues, holgazana,
¿Qué has hecho en el buen tiempo?—
Yo, dijo la Cigarra,
A todo pasajero
Cantaba alegremente,
Sin cesar ni un momento.—
¡Hola! ¡con que, cantabas
Cuando yo andaba al remo?
Pues ahora, que yo como,
Baila, pese á tu cuerpo.»

FÁBULA III.

EL MUCHACHO Y LA FORTUNA.

A la orilla de un pozo,
Sobre la fresca yerba,
Un incauto Mancebo
Dormía á pierna suelta.
Gritóle la Fortuna:
«Insensato, despierta;
¿No ves que ahogarte puedes,
A poco que te muevas?
Por tí y otros canallas
A veces me motejan,
Los unos de inconstante,
Y los otros de adversa.
Reveses de Fortuna

Llamais á las miserias;
¿Por qué, si son reveses
De la conducta necia?

FÁBULA IV.

LA CODORNIZ.

Preso en estrecho lazo
La Codorniz sencilla,
Daba quejas al aire,
Ya tarde arrepentida.
«¡Ay de mí miserable,
Infeliz avecilla,
Que antes cantaba libre,
Y ya lloro cautiva!
Perdí mi nido amado,
Perdí en él mis delicias,
Al fin perdílo todo,
Pues que perdí la vida.
¿Por qué desgracia tanta?
¿Por qué tanta desdicha?
¿Por un grano de trigo!
¡Oh cara golosina!
El apetito ciego
¡A cuántos precipita,
Que por lograr un nada,
Un todo sacrifican!»

FÁBULA V.

EL ÁGUILA Y EL ESCARABAJO.

Que me matan; favor: así clamaba
Una liebre infeliz, que se miraba
En las garras de una Águila sangrienta.
A las voces, según Esopo cuenta,
Acudió un compasivo Escarabajo,
Y viendo á la cuitada en tal trabajo,
Por libertarla de tan cruda muerte,
Lleno de horror, exclama de esta suerte:
«¡Oh reina de las aves escogida!
¿Por qué quitas la vida
A este pobre animal, manso y cobarde?
¿No sería mejor hacer alarde
De devorar á dañadoras fieras,
O ya que resistencia hallar no quieras,
Cebarte en tuñas y tu corvo pico
En el frío cadáver de un borrico?»
Cuando el Escarabajo así decía,
La Águila con desprecio se reía,
Y sin usar de más atenta frase,
Mata, trincha, devora, pilla y vase.
El pequeño animal así burlado
Quiere verse vengado.
En la ocasión primera
Vuela al nido del Águila altanera,
Halla solos los huevos, y arrastrando,
Uno por uno fuélos despenando;
Mas como nada alcanza
A dejar satisfecha una venganza,
Cuántos huevos ponía en adelante
Se los hizo tortilla en el instante.
La reina de las aves sin consuelo,
Remontando su vuelo,
A Júpiter excelso humilde llega,
Expone su dolor, pídele, ruega
Remedio tanto mal. El dios propicio,
Por un incomparable beneficio,
En su regazo hizo que pusiese
El Águila sus huevos, y se fuese;
Que á la vuelta, colmada de consuelos,
Encontraría hermosos sus polluelos.
Supo el Escarabajo el caso todo:
Astuto é ingenioso hace de modo
Que una bola fabrica diestramente
De la materia en que continuamente
Trabajando se halla,
Cuyo nombre se sabe, aunque se calla,
Y que, según yo pienso,
Para los dioses no es muy buen incienso.
Carga con ella, vuela, y atrevido

Pone su bola en el sagrado nido.
Júpiter, que se vió con tal basura,
Al punto sacudió su vestidura,
Haciendo, al arrojar la albondiguilla,
Con la bola y los huevos su tortilla.
Del trágico suceso noticiosa,
Arrepentida el Águila y llorosa
Aprendió esta lección á mucho precio:
*A nadie se le trate con desprecio,
Como al Escarabajo,
Porque al más miserable, vil y bajo,
Para tomar venganza, si se irrita,
Le faltará siquiera una bolita?*

FÁBULA VI.

EL LEON VENCIDO POR EL HOMBRE.

Cierto artífice pintó
Una lucha, en que, valiente,
Un Hombre tan solamente
A un horrible Leon venció.
Otro leon, que el cuadro vió,
Sin preguntar por su autor,
En tono despreciador
Dijo: *Bien se deja ver
Que es pintar como querer,
Y no fué leon el pintor.*

FÁBULA VII.

LA ZORRA Y EL BUSTO.

Dijo la Zorra al Busto,
Después de olerlo:
«Tu cabeza es hermosa,
Pero sin seso.»
*Como éste hay muchos,
Que aunque parecen hombres,
Sólo son bustos.*

FÁBULA VIII.

EL RATON DE LA CÔRTE Y EL DEL CAMPO.

Un Raton cortesano
Convivió con un modo muy urbano
A un Raton campesino.
Dióle gordo tocino,
Queso fresco de Holanda,
Y una despensa llena de vianda
Era su alojamiento,
Pues no pudiera haber un aposento
Tan magníficamente preparado,
Aunque fuese en *Ratópolis* buscado
Con el mayor esmero,
Para alojar á *Roepan Primero*.
Sus sentidos allí se recreaban;
Las paredes y techos adornaban,
Entre mil ratonescas golosinas,
Salchichones, pernils y cecinas.
Saltaban de placer, ¡oh qué embeleso!
De pernil en pernil, de queso en queso.
En esta situación tan lisonjera
Llega la despensera.
Oyen el ruido, corren, se agazapan,
Pierden el tino, mas al fin se escapan
Atropelladamente
Por cierto pasadizo abierto á diente.
«¡Esto tenemos! dijo el campesino;
Reniego yo del queso, del tocino
Y de quien busca gustos
Entre los sobresaltos y los sustos.»
*Volvióse á su campana en el instante,
Y estiró mucho más de allí adelante,
Sin zozobra, temor ni pesadumbres,
Su casita de tierra y sus legumbres.*

FÁBULA IX.

EL HERRERO Y EL PERRO.

Un Herrero tenía
Un Perro que no hacía

Sino comer, dormir y estarse echado:
De la casa jamas tuvo cuidado;
Levantábase sólo á mesa puesta;
Entónces con gran fiesta
Al dueño se acercaba,
Con perrunas caricias lo halagaba,
Mostrando de cariño mil excesos
Por pillar las piltrafas y los huesos.
«He llegado á notar, le dijo el amo,
Que aunque nunca te llamo
A la mesa, te llegas prontamente;
En la fragua jamas te vi presente,
Y yo me maravillo
De que, no despertándote el martillo,
Te desveles al ruido de mis dientes.
Anda, anda, poltron; no es bien que cuentes
Que el amo, hecho un gañan y sin reposo,
Te mantiene á lo conde muy ocioso.»
El Perro le responde:
«¿Qué más tiene que yo cualquiera conde?
Para no trabajar debo al destino
Haber nacido perro, no pollino.—
Pues, señor conde, fuera de mi casa;
Verás en las demas lo que te pasa.»
En efecto salió á probar fortuna,
Y las casas anduvo de una en una.
Allí le hacen servir de centinela
Y que pase la noche toda en vela,
Acá de lazarillo y de danzante,
Allá dentro de un torno, á cada instante,
Asa la carne que comer no espera.
Al cabo conoció de esta manera
*Que el destino, y no es cuento,
A todos nos cargó como al jumento.*

FÁBULA X.

LA ZORRA Y LA CIGÜEÑA.

Una Zorra se empeña
En dar una comida á una Cigüeña;
La convidó con tales expresiones,
Que anunciaban sin duda provisiones
De lo más excelente y exquisito.
Acepta alegre, va con apetito;
Pero encontró en la mesa solamente
Jigote claro sobre chata fuente.
En vano á la comida picoteaba,
Pues era para el guiso que miraba
Inútil tenedor su largo pico.
La Zorra con la lengua y el hocico
Limpió tan bien su fuente, que pudiera
Servir de fregatriz si á Holanda fuera.
Mas de allí á poco tiempo, convidada
De la Cigüeña, halla preparada
Una redoma de jigote llena;
Allí fué su afición, allí su pena;
El hocico goloso al punto asoma
Al cuello de la hidrópica redoma,
Mas en vano, pues era tan estrecho,
Cual si por la Cigüeña fuese hecho.
Envidiosa de ver que á conveniencia
Chupaba la del pico á su presencia,
Vuelve, tiente, discurre,
Huele, se desatina, en fin se aburre;
Marchó rabo entre piernas, tan corrida,
Que ni aun tuvo siquiera la salida
De decir: *Están verdes*; como antaño,
Tambien hay para picaros engaño.

FÁBULA XI.

LAS MOSCAS.

A un panal de rica miel
Dos mil Moscas acudieron,
Que por golosas murieron,
Presas de patas en él.
Otras dentro de un pastel
Enterró su golosina,
*Así, si bien se examina,
Los humanos corazones*

*Perecen en las prisiones
Del vicio que los domina.*

FÁBULA XII.

EL LEOPARDO Y LAS MONAS.

No á pares, á docenas encontraba
Las Monas en Tetuan, cuando cazaba,
Un Leopardo; apénas lo veían,
A los árboles todas se subían,
Quedando del contrario tan seguras,
Que pudiera decir: No están maduras.
El cazador, astuto, se hace el muerto
Tan vivamente, que parece cierto.
Hasta las viejas Monas,
Alegres en el caso y juguetonas,
Empiezan á saltar; la más osada
Baja, arrimase al muerto de callada,
Mira, huele y aun tiente,
Y grita muy contenta:
«Llegad, que muerto está de todo punto,
Tanto, que empieza á oler el tal difunto.»
Bajan todas con bulla y algazara:
Ya le tocan la cara,
Ya le saltan encima,
Aquella se le arrima,
Y haciendo mimos, á su lado queda;
Otra se finge muerta y lo remeda.
Mas luégo que las sienta fatigadas
De correr, de saltar y hacer monadas,
Levántase ligero,
Y más que nunca fiero,
Pilla, mata, devora, de manera
Que parecía la sangrienta fiera,
Cubriendo con los muertos la campaña,
Al Cid matando moros en España.
*Es el peor enemigo el que aparenta
No poder causar daño; porque intenta,
Inspirando confianza,
Asegurar su golpe de venganza.*

FÁBULA XIII.

EL CIERVO EN LA FUENTE.

Un Ciervo se miraba
En una hermosa cristalina Fuente;
Placentero admiraba
Los enramados cuernos de su frente,
Pero al ver sus delgadas, largas piernas,
Al alto cielo daba quejas tiernas.
«¡Oh dioses! ¡A qué intento,
A esta fábrica hermosa de cabeza
Construir su cimienta
Sin guardar proporcion en la belleza?
¡Oh qué pesar! ¡Oh qué dolor profundo!
¡No haber gloria cumplida en este mundo!»
Hablando de esta suerte
El Ciervo, vió venir á un lebrél fiero.
Por evitar su muerte,
Parte al espeso bosque muy ligero;
Pero el cuerno retarda su salida,
Con una y otra rama entretejida.
Mas libre del apuro
A duras penas, dijo con espanto:
«Si me veo seguro,
Pesé á mis cuernos, fué por correr tanto;
Lleve el diablo lo hermoso de mis cuernos,
Haga mis feos piés el cielo eterno.»
*Así frecuentemente
El hombre se deslumbra con lo hermoso;
Elige lo aparente,
Abrazando tal vez lo más dañoso;
Pero escarmiento ahora en tal cabeza:
El útil bien es la mejor belleza.*

FÁBULA XIV.

EL LEON Y LA ZORRA.

Un Leon en otro tiempo poderoso,
Ya viejo y achacoso,

Te hallé con delinquentes,
Con ellos morirás entre mis manos.»
*La inocente Cigüeña
Tuvo el fin desgraciado
Que pueden prometerse
Los buenos que se juntan con los malos.*

FÁBULA XVII.

LA SERPIENTE Y LA LIMA.

En casa de un cerrajero
Entró la Serpiente un día,
Y la insensata mordía
En una Lima de acero.
Dijole la Lima: «El mal,
Necia, será para ti;
¿Cómo has de hacer mella en mí,
Que hago polvos el metal?»
*Quien pretende sin razon
Al más fuerte derribar,
No consigue sino dar
Coces contra el agujon.*

FÁBULA XVIII.

EL CALVO Y LA MOSCA.

Picaba impertinente
En la espaciosa calva de un anciano
Una Mosca insolente.
Quiso matarla, levantó la mano,
Tiró un cachete, pero fuése salva,
Hiriendo el golpe la redonda calva.
Con risa desmedida
La Mosca prorumpió: «Calvo maldito,
Si quitarme la vida
Intentaste por un leve delito,
¿A qué pena condenas á tu brazo,
Bárbaro ejecutor del tal porrazo?»
«Al que obra con malicia,
Le respondió el varon prudentemente,
Rigorosa justicia
Debe dar el castigo conveniente,
Y es bien ejercitarse la clemencia
En el que peca por inadvertencia.
»Sabe, Mosca villana,
Que coteja el agravio recibido
La condicion humana,
Segun la mano de donde ha venido»;
*Que el grado de la ofensa tanto asciende
Cuanto sea más vil aquel que ofende.*

FÁBULA XIX.

LOS DOS AMIGOS Y EL OSO.

A dos Amigos se apareció un Oso:
El uno, muy medroso,
En las ramas de un árbol se asegura;
El otro, abandonado á la ventura,
Se finge muerto repentinamente.
El Oso se le acerca lentamente;
Mas como este animal, segun se cuenta,
De cadáveres nunca se alimenta,
Sin ofenderlo lo registra y toca,
Huélele las narices y la boca;
No le siente el aliento,
Ni el menor movimiento;
Y así, se fué diciendo sin recelo:
«Este tan muerto está como mi abuelo.»
Entónces el cobarde,
De su grande amistad haciendo alarde,
Del árbol se desprende muy ligero,
Corre, llega y abraza al compañero,
Pondera la fortuna
De haberle hallado sin lesion alguna,
Y al fin le dice: «Sepas que he notado
Que el Oso te decia algun recado.
¿Qué pudo ser?— Diréte lo que ha sido;
Estas dos palabritas al oído:
*Aparta tu amistad de la persona
Que si te ve en el riesgo, te abandona.»*

En vano perseguía, hambriento y fiero,
Al mamon becerrillo y al cordero,
Que trepando por la áspera montaña,
Huían libremente de su saña.
Afligido de la hambre á par de muerte,
Discurrió su remedio de esta suerte:
Hace correr la voz de que se hallaba
Enfermo en su palacio, y deseaba
Ser de los animales visitado.
Acudieron algunos de contado;
Mas como el grave mal que lo postraba
Era un hambre voraz, tan sólo usaba
La receta exquisita
De engullirse al *monsieur* de la visita.
Acércase la Zorra de callada,
Y á la puerta asomada,
Atisba muy despacio
La entrada de aquel cóncavo palacio.
El Leon la diviso, y en el momento
La dice: «Ven acá; pues que me siento
En el ultimo instante de mi vida,
Visitame como otros, mi querida.—
¿Como otros! ¡Ah señor! he conocido
Que entraron, sí, pero no han salido.
Mirad, mirad la huella,
Bien claro lo dice ella;
Y no es bien el entrar do no se sale.»
La prudente cautela mucho vale.

FÁBULA XV.

LA CIERVA Y EL CERVATO.

A una Cierva decia
Su tierno Cervatillo: «Madre mia,
¿Es posible que un perro solamente
Al bosque te haga huir cobardemente,
Siendo él mucho menor, ménos pujante!
¿Por qué no has de ser tú más arrogante?»
Todo es cierto, hijo mio;
Y cuando así lo pienso, desafío
A mis solas á veinte perros juntos.
Figúrome luchando, y que difuntos
Dejo á los unos; que otros, falleciendo,
Pisándose las tripas, van huyendo
En vano de la muerte,
Y á todos venzo de gallarda suerte;
Mas si embembida en este pensamiento,
A un perro ladrar siento,
Escapo más ligera que un venablo,
Y mi victoria se la lleva el diablo.»
*A quien no sea de ánimo esforzado
No armarlo de soldado,
Pues por más que, al mirarse la armadura,
Piense, en tiempo de paz, que su bravura
Herirá, matará cuanto acometa,
En oyendo en campaña la trompeta,
Hará lo que la Corza de la historia,
Más que el diablo se lleve la victoria.*

FÁBULA XVI.

EL LABRADOR Y LA CIGÜEÑA.

Un Labrador miraba
Con duelo su sembrado,
Porque gansos y grullas
De su trigo solían hacer pasto.
Armó sin más tardanza
Diestramente sus lazos,
Y cayeron en ellos
La Cigüeña, las grullas y los gansos,
«Señor rústico, dijo
La Cigüeña temblando,
Quíteme las prisiones,
Pues no merezco pena de culpados:
La diosa Ceres sabe
Que, lejos de hacer daño,
Limpio de sabandijas,
De culebras y víboras los campos,—
Nada me satisface,
Respondió el hombre airado:

FÁBULA XX.

LA ÁGUILA, LA GATA Y LA JABALINA.

Una Águila anidó sobre una encina,
Al pié criaba cierta Jabalina,
Y era un hueco del tronco corpulento
De una Gata y sus crias aposento.
Esta gran marrullera
Sube al nido del Águila altanera,
Y con fingidas lágrimas la dice:
«¡Ay misera de mí! ¡ay infelice!
Este sí que es trabajo:
La vecina que habita el cuarto bajo,
Como tú misma ves, el día pasa
Hozando los cimientos de la casa.
La arruinará; y en viendo la traidora
Por tierra á nuestros hijos, los devora.»
Después que dejó al Águila asustada,
A la cueva se baja de callada,
Y dice á la cerdosa: «Buena amiga,
Has de saber que la Águila enemiga,
Cuando saques tus crias hácia el monte,
Las ha de devorar; así disponte.»
La Gata, aparentando que temía,
Se retiró á su cuarto, y no salía
Sino de noche, que con maña astuta
Abastecía su pequeña gruta.
La Jabalina, con tan triste nueva,
No salió de su cueva.
La Águila, en el ramaje temerosa
Haciendo centinela, no reposa.
En fin, á ambas familias la hambre mata,
Y de ellas hizo viveres la Gata.
*Jóvenes, ojo alerta, gran cuidado;
Que un chismoso en amigo disfrazado
Con capa de amistad cubre sus trazas,
Y así causan el mal sus añagazas.*

LIBRO SEGUNDO.

Á DON JAVIER MARÍA DE MUNIVE É IDIAQUEZ, CONDE DE PEÑAFLORENDA, DIRECTOR PERPETUO DE LA REAL SOCIEDAD VASCONGADA DE LOS AMIGOS DEL PAÍS.

Mientras que con la espada en mar y tierra
Los ilustres varones
Engrandecen su fama por la guerra,
Sojuzgando naciones,
Tú, Conde, con la pluma y el arado,
Ya enriqueces la patria, ya la instruyes,
Y haciendo venturosos has ganado
El bien que buscas y el laurel que huyes,
Con darte todo al bien de los humanos
No contento tu celo,
Supo unir á los nobles ciudadanos
Para felicidad del patrio suelo,
La hormiga codiciosa
Trabaja en sociedad fructuosamente,
Y la abeja oficiosa
Labra siempre, ayudada de su gente,
Así unes á los hombres laboriosos
Para hacer sus trabajos más fructuosos,
Aquél viaja observando
Por las naciones cultas;
Este con experiencias va mostrando
Las útiles verdades más ocultas.
Cuál cultiva los campos, cuál las ciencias;
Y de diversos modos,
Juntando estudios, viajes y experiencias,
Resulta el bien en que trabajan todos.
¡En que trabajan todos! Ya lo dije,
Por más que yo también sea contado.
El sabio Presidente que nos rige
Tiene áun al más inútil ocupado.
Darne, Conde, querías un destino,
Al contemplarme ocioso é ignorante.
Era difícil; mas al fin tu tino
Encontró un genio en mí versificante.
A Fedro y Lafontaine por modelos
Me pusiste á la vista,

Y hallaron tus desvelos
Que pudiera ensayarme á fabulista,
Y pues viene al intento,
Pasemos al ensayo: va de cuento.

FÁBULA PRIMERA.

EL LEON CON SU EJÉRCITO.

El Leon, rey de los bosques poderoso,
Quiso armar un ejército famoso.
Juntó sus animales al instante:
Empezó por cargar al elefante
Un castillo con útiles, y encima
Rabiosos lobos, que pusiesen grima.
Al oso le encargó de los asaltos;
Al mono con sus gestos y sus saltos
Mandó que al enemigo entretuviese;
A la Zorra que diese
Ingeniosos ardides al intento.
Uno gritó: «La liebre y el jumento,
Este por tarde, aquélla por medrosa,
De estorbo servirán, no de otra cosa.—
¡De estorbo? dijo el Rey; yo no lo creo.
En la liebre tendrémos un correo,
Y en el asno mis tropas un trompeta.»
Así quedó la armada bien completa.
*Tu retrato es el Leon, Conde prudente,
Y si á tu imitación, según deseo,
Examinan los jefes á su gente,
A todos han de dar útil empleo.
¡Por qué no lo han de hacer? ¡Habrá cucuña
Como no hallar ociosos en España?*

FÁBULA II.

LA LECHERA.

Llevaba en la cabeza
Una Lechera el cantar al mercado
Con aquella presteza,
Aquel aire sencillo, aquel agrado,
Que va diciendo á todo el que lo advierte:
¡Yo sí que estoy contenta con mi suerte!
Porque no apetecía
Más compañía que su pensamiento,
Que alegre la ofrecía
Inocentes ideas de contento,
Marchaba sola la feliz Lechera,
Y decía entre sí de esta manera:
«Esta leche vendida,
En limpio me dará tanto dinero,
Y con esta partida
Un canasto de huevos comprar quiero,
Para sacar cien pollos, que al estío
Me rodeen cantando el pio, pio.
»Del importe logrado
De tanto pollo merearé un cochino;
Con bellota, salvado,
Berza, castaña engordará sin tino;
Tanto, que puede ser que yo consiga
Ver cómo se le arrastra la barriga.
»Llevarélo al mercado;
Sacaré de él sin duda buen dinero:
Compraré de contado
Una robusta vaca y un ternero,
Que salte y corra toda la campaña,
Hasta el monte cercano á la cabaña.»
Con este pensamiento
Enajenada, brinca de manera,
Que á su salto violento
El cantar cayó. ¡Pobre Lechera!
¡Qué compasión! ¡Adios leche, dinero,
Huevos, pollos, lechón, vaca y ternero.
¡Oh loca fantasía,
Que palacios fabricas en el viento!
Modera tu alegría;
No sea que saltando de contento,
Al contemplar dichosa tu mudanza,
Quiebres su cantarillo la esperanza.
No seas ambiciosa
De mejor ó más próspera fortuna;
Que vivirás ansiosa

Sin que pueda saciarte cosa alguna.
*No anheles impaciente el bien futuro;
Mira que ni el presente está seguro.*

FÁBULA III.

EL ASNO SESUDO.

Cierto Burro pacia
En la fresca y hermosa pradería
Con tanta paz como si aquella tierra
No fuese entonces teatro de la guerra.
Su dueño, que con miedo lo guardaba,
De centinela en la ribera estaba.
Divisa al enemigo en la llanura;
Baja, y al buen Borrico le conjura
Que huya precipitado.
El Asno, muy sesudo y reposado,
Empieza á andar á paso perezoso.
Impaciente su dueño y temeroso
Con el marcial ruido
De bélicas trompetas al oído,
Le exhorta con fervor á la carrera.
«¡Yo correr! dijo el Asno, bueno fuera;
Que llegue en hora buena Marte fiero;
Me rindo, y él me lleva prisionero.
¡Servir aquí ó allí no es todo uno!
¡Me pondrán dos albardas! No, ninguno.
Pues nada pierdo, nada me acobarda;
Siempre seré un esclavo con albarda.»
No estuvo más en sí ni más entero
Que el buen Pollino Amiclas el Barquero,
Cuando en su humilde choza le despierta
César, con sus soldados á la puerta,
Para que á la Calabria los guíase.
Se podría encontrar quien no temblase
Entre los poderosos
De insultos militares horriblos
De la guerra enemiga?
No hay sino la pobreza que consiga
Esta gran exención: de aquí le viene,
Nada teme perder quien nada tiene.

FÁBULA IV.

EL ZAGAL Y LAS OVEJAS.

Apacentando un Joven su ganado,
Gritó desde la cima de un collado:
«¡Favor! que viene el lobo, labradores.»
Estos, abandonando sus labores,
Acuden prontamente,
Y hallan que es una chanza solamente.
Vuelve á clamar, y temen la desgracia;
Segunda vez los burla. ¡Linda gracia!
Pero ¡qué sucedió la vez tercera?
Que vino en realidad la hambrienta fiera.
Entonces el Zagal se desgañita,
Y por más que patea, llora y grita,
No se mueve la gente escarmentada,
Y el lobo le devora la manada.
*¡Cuántas veces resulta de un engaño,
Contra el engañador el mayor daño!*

FÁBULA V.

LA ÁGUILA, LA CORNEJA Y LA TORTUGA.

A una Tortuga una Águila arrebató:
La ladrona se apura y desbarata
Por hacerla pedazos,
Ya que no con la garra, á picolazos.
Viéndola una Corneja en tal faena,
La dice: «En vano tomas tanta pena:
¡No ves que es la Tortuga, cuya casa
Diente, cuerno ni pico la traspasa,
Y si siente que llaman á su puerta,
Se finge la dormida, sorda ó muerta?—
Pues ¡qué he de hacer! —Remontarás tu vuelo,
Y en mirándote allá cerca del cielo
La dejarás caer sobre un peñasco,
Y se hará una tortilla el duro casco.»
La Águila, porque diestra lo ejecuta,
Y la Corneja astuta,

Por autora de aquella maravilla,
Juntamente comieron la tortilla.
*¡Qué podrá resistirse á un poderoso,
Guiado de un consejo malicioso?
De estos tales se aparta el que es prudente;
Y así, por escaparse de esta gente,
Las descendientes de la tal Tortuga
A cuevas ignoradas hacen fuga.*

FÁBULA VI.

EL LOBO Y LA CIGÜEÑA.

Sin duda alguna que se hubiera abogado
Un Lobo con un hueso atragantado,
Si á la sazón no pasa una Cigüeña.
El paciente la ve, hácela seña;
Llega, y ejecutiva,
Con su pico, jeringa primitiva,
Cual diestro cirujano,
Hizo la operacion y quedó sano.
Su salario pedía,
Pero el ingrato Lobo respondía:
«¡Tu salario? Pues ¡qué más recompensa
Que el no haberte causado leve ofensa,
Y dejarte vivir para que cuentes
Que pusiste tu vida entre mis dientes!»
Marchó por evitar una desdicha,
Sin decir tus ni mus, la susodicha.
*Haz bien, dice el proverbio castellano,
Y no sepas á quién; pero es muy llano
Que no tiene razon ni por asomo:
Es menester saber á quién y cómo.
El ejemplo siguiente
Nos hará esta verdad más evidente.*

FÁBULA VII.

EL HOMBRE Y LA CULEBRA.

A una Culebra que, de frío yerta,
En el suelo yacía medio muerta,
Un labrador cogió; mas fué tan bueno,
Que incautamente la abrigó en su seno.
Apénas revivió, cuando la ingrata
A su gran bienhechor traidora mata.

FÁBULA VIII.

EL PÁJARO HERIDO DE UNA FLECHA.

Un Pájaro inocente,
Herido de una flecha
Guarnecida de acero
Y de plumas ligeras,
Decía en su lenguaje
Con amargas quecellas:
«¡Oh crueles humanos!
Más crueles que fieras,
Con nuestras propias alas,
Que la naturaleza
Nos dió, sin otras armas
Para propia defensa,
Forjáis el instrumento
De la desdicha nuestra,
Haciendo que inocentes
Prestemos la materia.
Pero no, no es extraño
Que así bárbaros sean
Aquellos que en su ruina
Trabajan, y no cesan.
Los unos y otros fraguan
Armas para la guerra,
Y es dar contra sus vidas
Plumas para las flechas.»

FÁBULA IX.

EL PESCADOR Y EL PEZ.

Recoge un Pescador su red tendida,
Y saca un pececillo. «Por tu vida,
Exclamó el inocente prisionero,